



BRAT

CHAI EDITORA

Gabriel Smith

BRAT

Una historia de fantasmas

Traducción de DAMIÁN TULLIO

Smith, Gabriel

Título original:

Brat

© Del texto, Gabriel Smith, 2024

© De esta edición, Chai Editora, 2024

© De la traducción, Damián Tullio, 2024

Diseño de tapa

Gonzalo Marín

Foto de tapa

Analía Cid

Corrección

Juan Nadalini y Anna Ferrer

Diseño de identidad y colección:

Lamas Burgariotti

Primera edición

Septiembre 2024

ISBN: 978-84-127636-7-6

Depósito legal: M-15133-2024

www.chaieditora.com



Para Gian

Estaba en la sala de espera. Luego entré al consultorio. Había una silla, y otra silla, y una de esas camillas hidráulicas de hospital. El médico me indicó que me sentara. No sabía dónde. En la camilla no, me dijo. Me senté en una de las sillas.

—Creo que tengo una conmoción cerebral —dije.

—¿Qué lo hace pensar eso? —preguntó el médico.

—Mi sobrino me pegó.

—¿Le pegó?

—En la nariz. Y luego en la nuca.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó el médico.

—Catorce —respondí.

—Bueno —dijo—. Quítese la camisa.

—¿Hace falta? —pregunté.

—Claro —dijo el médico.

Me desabroché la camisa. Me iluminó las pupilas.

La luz salía de un cono. El cono estaba colocado a noventa grados, en la punta de una vara de metal. Era como esas lámparas que usan los dentistas para mirar dentro de la boca.

—Ninguna conmoción cerebral —dijo el médico.

No parecía algo que se pudiera determinar tan solo con colocar una luz en los ojos.

—Aquí tiene una dermatitis —dijo.

Me señaló el pecho y luego se alejó rodando en su silla.

Bajé la vista para mirarme. Había una mancha roja en medio de mi pecho, la piel estaba despegada, muerta. A la derecha del lugar donde, supuse, estaba mi corazón.

—Ajá —dije.

—No se preocupe —me dijo, mientras miraba la pantalla de su ordenador—, se puede tratar. Le estoy preparando una receta. Para una crema con hidrocortisol.

—¿Hidrocortisona, querrá decir?

—Sí —respondió—. Hidrocortisona. Es lo que he dicho.

Cuando volví a la casa, la mujer de mi hermano me dijo que no debería haberlo provocado.

—Es muy sensible —me dijo.

—¿Qué? —pregunté—. Yo no lo provoqué.

—Quería mucho a tu papá —dijo la mujer de mi hermano—. Tenían una conexión especial.

—No entiendo qué tiene que ver.

—¿En serio te vas a poner eso? —me preguntó.

Yo tenía puesta una camiseta con las caras de muchos “Phil”. Phil Leotardo, Phil Neville, las Filipinas, el concepto de filantropía, Philadelphia (el queso), la filarmónica de Londres y el príncipe Philip.

—¿Cómo? —pregunté—. No. Voy a ponerme un traje.

—Tiene una mancha. No puedes usarla.

—Me voy a cambiar —aseguré.

Mi hermano entró a la cocina, le dio un beso en la frente a su mujer y ella aprovechó para salir. Él se puso a buscar algo en la alacena.

—Qué buena idea usar esa camiseta de los Phil para el funeral de papá —me dijo.

—Me voy a cambiar —dije, y me fui.

Me miré en el espejo todavía empañado. Estábamos en la casa donde me había criado.

El médico tenía razón sobre la piel de mi pecho, justo a la derecha de donde, supuse, estaba mi corazón. Se la veía rara.

Cogí un poco de piel. Se desprendió sin dolor.

Al principio fue solo un poco. Era un colgajo grueso, transparente y blanquecino. Hurgué en la piel con la uña. Tiré del colgajo. Se desprendía como papel mojado. Por sobre mi pezón izquierdo hasta mi axila.

Me empezó a arder un poco, como si se resistiera. Dejé de tironear. Y la piel quedó colgando.

Luego seguí.

No podía ir por ahí con la mitad del pecho colgando.

Cuando logré arrancar el colgajo casi por completo, me quedé con un pedazo de piel muerta bastante intimidante en las manos. Lo miré durante unos segundos.

Era yo, pero sin forma, aunque todavía conservaba el relieve en el lugar donde había surcado mis costillas.

Me miré el cuerpo en el espejo.

Había una gran grieta ahí donde me había arrancado la piel muerta. Tenía un saliente casi imperceptible, imposible de encontrar, como el extremo de un rollo de cinta adhesiva.

No sabía qué hacer con el colgajo que me acababa de arrancar. No podía dejarlo en el cubo de basura del baño porque mi hermano o su mujer lo encontrarían. Tampoco quería tirarlo por el váter.

Consideré la posibilidad de metérmelo en el bolsillo y llevarlo al piso de abajo, envolverlo en una bolsa de plástico y deshacerme de él más tarde, en secreto. Pero solo pensarlo me pareció un delirio. Y no quería que me descubrieran haciendo una cosa así.

Tiré el colgajo en la bañera. Cuando cayó sonó como una bofetada.

Abrí la ducha al máximo. La apunté a la piel. Al cabo de un rato, empezó a resquebrajarse, como descomponiéndose, el remolino de agua se llevaba los pedacitos sobre la bañera resbaladiza y se perdían por el desagüe.

Después del entierro, en la recepción que ofrecimos en la casa, mi sobrino me pidió disculpas por haberme pegado.

—Perdón por pegarte en la cabeza —me dijo.

—No pasa nada —respondí.

—A veces me pongo furioso —dijo.

—Ya veo —dije yo.

—¿Tú no? —preguntó él.

Me serví más vino de la botella que estaba acaparando para que nadie más se sirviera. Bajo mi camiseta y bajo mi abrigo, mi nueva piel se sentía suave.

La sala era grande pero estaba llena de parientes. Mi tío político se había encargado de la comida.

—Sí, lo he pedido prestado en el trabajo —dijo—. Del comedor.

Se refería a un recipiente de metal grande con agua humeante para servirse.

—Imaginé que mucha gente iba a querer té —dijo mi tío—, y este aparato nos facilitaría las cosas.

—Debe haber sido difícil moverlo —dije— con toda esa agua hirviendo dentro.

—¿Cómo?

—¿Te haces una idea de lo que pasaría si cayera sobre alguien? —insistí—. Se quemaría vivo.

—No —me respondió—, no se lo transporta si está lleno. Sería peligroso.

—Precisamente de eso estoy hablando —dije.

—¿En qué estás trabajando ahora? —me preguntó—. ¿Sigues escribiendo? ¿Como tus padres?

—Seh —respondí.

—¿Y te da para vivir? Leí un artículo hace poco en el que decían que los libros ya no son rentables. En esa industria nadie gana un centavo.

Mi hermano pasó caminando. Tenía en la mano una copa de vino y una cerveza.

—Veo que tomas dos bebidas a la vez —le dije—. Muy bien.

Intentó darle la cerveza a mi tío, que la rechazó levantando las manos, puso cara de tonto e hizo el gesto de sostener un volante.

—Gracias por disculparte con tu sobrino —dijo mi hermano, dirigiéndose a mí.

—No lo he hecho —respondí.

—Ha sido importante para él.

—No me he disculpado. Él se ha disculpado conmigo.
—Seguro —dijo mi hermano.
—Oye —dije—, hace un rato se me ha salido un poco de piel.
Mi hermano era cirujano plástico. A eso se dedicaba.
—¿Qué?
—En la ducha. Como a un reptil.
—¿Se te ha salido la piel?
—Como a un reptil —repetí.
—Suena a dermatitis. Deberías ir a ver a un médico.
—Tú eres médico.
—No soy especialista en piel.
—Sí que eres especialista en piel.
—No, no lo soy. Soy cirujano. No voy a revisar tu dermatitis.
—Hoy he ido a ver a un médico —dije—. Me ha recetado
una crema.
Traté de servirme más vino de la botella, pero estaba vacía.
—Usa esa crema, entonces —dijo mi hermano.
Me fui a buscar con qué rellenar mi copa.

De vuelta en la cocina, escuché a una vecina que vivía unos metros más allá en la misma calle decir que había sido una ceremonia preciosa.

—Ha sido una ceremonia preciosa —dijo.

Tenía más de sesenta años y siempre usaba prendas de color violeta. Incluso para ir a un funeral.

—¿Lo ha sido? —pregunté.

Ella creyó que solo estaba confirmando lo que había dicho.

—Le habría encantado.

—¿Le habría encantado?

—Le habría parecido muy conmovedora.

—Pensé que a lo mejor le habría parecido decepcionante.

Digo, por lo de estar muerto.

—Sí, le habría parecido muy conmovedora —dijo ella—. Era un hombre muy sensible. Un verdadero artista.

Me vino a la cabeza el recuerdo de mi padre en el recital de flauta de mi hermano en la escuela, con un bolígrafo en una mano y la fotocopia del programa en la otra, tachando cada una de las partes del espectáculo a medida que ocurrían.

Se me vino a la cabeza el recuerdo de mi padre, cabizbajo, en la entrega de premios de mi hermano. Pensé en la forma en que, de repente, se sentó erguido, cuando una niña de nueve años ganó un premio de danza. Se me vino a la cabeza el momento en que gritó, incrédulo, lo suficientemente fuerte como para que el resto de los padres le pidieran silencio: “¿De lanza?”.

—Veo que lo conocía bien —dije.

—Teníamos una conexión —dijo ella—. Era un verdadero artista.

Busqué a mi alrededor a alguien que hablara de otra cosa.

—Y fue tan generoso —dijo— que eligiera quedarse al lado de tu madre. A pesar de todo.

Me bebí el resto de mi nueva copa de vino. Luego, la apoyé con fuerza sobre la encimera.

—A ver, estúpida zorra violácea —dije—. No vuelvas a decir una puta palabra más sobre mi papá.

Me desperté con resaca en mi cuarto de la infancia. Todavía tenía los zapatos y los pantalones puestos.

Mi camisa blanca tenía manchas de sangre. Me dolía dentro de la cara.

Me saqué los zapatos y bajé a tomar un café. La mujer de mi hermano ya estaba en la cocina.

—¿Café? —pregunté, y le hice un gesto con la taza.

Ella no contestó nada. Tan solo chasqueó la lengua y siguió su camino.

Mi hermano entró mientras ella salía. Le besó la frente en el momento en que se cruzaron.

—Estás manchado de sangre —me dijo—. Hazme café.

Me senté en la barra en el medio de la cocina. El recipiente para el té ya no estaba. Había copas y tazas por todas partes. Y restos de la comida del funeral envueltos en papel film.

Busqué mi paquete de cigarrillos y encendí uno.

—Por Dios —dijo mi hermano.

—Me duele la cabeza —respondí.

—Sí que te dio una buena paliza —me dijo.

—Tendría que haberle devuelto los golpes —dije.

—Como si hubieras podido —dijo él—. Te hizo quedar como un debilucho.

—Seh —respondí.

—¡Eres un debilucho! —gritó la mujer de mi hermano desde el otro cuarto.

Escuché que mi hermano y su mujer iban a salir a tomar aire o algo parecido, así que decidí llamar a mi novia.

Sonó una vez. Después la línea se desconectó. No me dio la opción de dejar un mensaje.

Me permití contar los días. Al día siguiente se cumplirían tres semanas desde la última vez que la había visto.

A lo mejor me tenía bloqueado.

Sentí la encimera de madera contra mi frente, fría y llena de migas.

Mi hermano nos llevó a su mujer y a mí, en el coche, a la residencia de ancianos donde vivía mi madre. La mujer de mi hermano se aseguró de sentarse adelante, así que no me quedó otra que sentarme en la parte de atrás, que a pesar del poco espacio era cómoda y de muy buena calidad.

—¿Qué tal el funeral? —preguntó mi madre desde su silla, lo que me resultó desagradable.

—Fue precioso —dijo la mujer de mi hermano—. Fue una ceremonia realmente preciosa, Rebecca. Todos lo dijeron.

—Me alegra tanto —dijo mi madre.

—¿Tienes todo lo que necesitas, mamá? ¿Quieres que te traigamos algo? —preguntó mi hermano en un tono de voz más alto de lo necesario.

Mi madre lo ignoró.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó.

—Cheryl me pegó —respondí.

—¿Por qué haría una cosa así? —dijo mi madre.

—Defendí el honor de papá.

—La llamó estúpida zorra violácea —dijo mi hermano.

—Cállate —dije.

—Ay, no —dijo mi madre.

—No es cierto —respondí.

—Ay, no —dijo mi madre.

—Y se me está cayendo la piel, mamá —dije—. Estoy muy asustado.

—¿Cómo? —dijo mi madre.

—No es nada —dijo mi hermano—. Es una de sus bromas. Tiene una dermatitis. Es solo una de sus bromas.

—Espero que no hayas querido devolverle el golpe —dijo mi madre.

—Le di bien. La tumbé —dije.

Hice como que tiraba un *jab* con mi derecha.

—Cheryl está en el hospital.
—Ay, no —dijo mi madre.
—No, no es verdad —dijo la mujer de mi hermano—. Solo está intentando disgustarte. No le pegó.
—La dejé hecha una piltrafa —dije—. Ya no va a ser la misma.
—Ay, no —dijo mi madre.

—Quizá tengamos que matar a mamá —dije en el vestíbulo de la residencia, mientras salíamos—. No más padres, no más reglas. Empezar de cero.

—Cállate —dijo la mujer de mi hermano.

—¿Cuánto dijiste que era el adelanto que te dieron por el libro? —preguntó mi hermano.

Se refería a mi segundo libro, ese del que le había hablado a todo el mundo, el que supuestamente estaba escribiendo y por el que me habían pagado un adelanto.

Les había dicho a todos que iba sobre un viejo jardinero. El jardinero vivía cerca de Chernóbil, en la era soviética.

El jardinero muere de viejo. En medio de los ritos funerarios, explota la planta nuclear. Los ritos quedan inconclusos.

El jardinero se convierte en un *Dybbuk*, una especie de fantasma judío del que había oído hablar en una película. Está condenado a pulular por la Tierra, haciendo jardinería o algo, hasta que su situación se solucione.

Y hasta ahí había llegado. De hecho, aún no había escrito ni una palabra.

Lo había intentado. Pero cada vez que me iba a poner me daba cuenta de que no iba a poder.

—cincuenta y cinco mil —dije—. Billetes no correlativos, sin marcar.

—Joder —dijo mi hermano.

—Qué buena noticia —dijo la mujer de mi hermano—, felicidades. No vas a necesitar estar en Londres. Quizá te puedas ocupar de poner la casa en orden. Para venderla.

—Sí, buena idea —dije, pensando que ya no tendría que pagar alquiler.

Era otoño y había hojas por todas partes. Decidí volver a Londres para buscar algunas cosas. En el tren me senté en los asientos que van en sentido opuesto y miré por la ventana. El aire estaba cargado de lluvia y yo me sumergía de espaldas en él.

Los muebles seguían en mi piso. El sofá, el televisor, el equipo de música, y todas las fundas y cortinas que nos habían regalado.

Pero cuando abrí el armario para buscar un jersey limpio lo encontré vacío. Más bien, dos tercios vacío. Todas las cosas de mi novia habían desaparecido. Sus vestidos, sus blusas, sus faldas. Sus pantalones de tela ligera como el aire. Sus múltiples abrigos de invierno. Fui a la cómoda y revisé sus cajones.

También estaban vacíos. Lo único que quedaba era pelusa, y unos tallos de lavanda marchitos que ella creía que iban a espantar a las polillas.

Después me fijé en los estantes de la biblioteca. Estaban prácticamente vacíos. Igual que el baño. Todas las estúpidas y carísimas plantas de interior habían desaparecido.

Me sorprendí al descubrir que la mayoría de las cosas que teníamos le pertenecían a ella. Había contornos de polvo alrededor de todos los lugares donde solían estar las cosas.

Por alguna razón, el aire olía distinto.

Puse todo patas arriba buscando una nota o algo. Pero no había nada. Intenté llamarla de nuevo. Sonó una vez y luego hubo silencio.

Salí al balcón por un rato.

Afuera el atardecer se veía gris.

Cuando me desperté sentí como si alguien me observara.

Me senté en la cama un momento. Luego, encendí la luz. Pero no había nadie en la habitación. Y las cortinas estaban cerradas.

Noté que, durante el rato que había estado dormido, había construido a mi lado una persona hecha de almohadas. A lo mejor para sentir que ella todavía estaba en la cama conmigo.

Sentí mi corazón galopando en mi pecho.

Como no pude volver a dormir, me vestí y busqué algo para beber. Mi novia se había llevado algunos vinos, pero había dejado los destilados. Después de eso me sentí un poco mejor.

Empecé a guardar mis cosas en la maleta que ella no se había llevado. Era la más fea de todas. Le decíamos “Verde Horrenda”.

Cuando amaneció ya estaba listo para salir. Escribí un correo en mi teléfono para avisar al casero de que abandonábamos el piso; que podía disponer del resto de las cosas como le pareciera, a nuestro cargo.

Y después intenté llamarla otra vez. Pero no contestó.

Hice rodar a Verde Horrenda hasta la puerta. Me di la vuelta y empecé a quitar el contorno de polvo que habían dejado todas sus cosas en los estantes y las repisas y otras superficies. Pero luego decidí que no tenía ganas de hacerlo, así que lo dejé.

Solo la mitad del tren de regreso a la casa estaba ocupado por pasajeros, todos afectados por la lluvia de alguna u otra manera, mojados. Estaba lleno de paraguas y ordenadores portátiles feos. Se fueron dispersando a medida que nos alejábamos de la ciudad, hasta que en un momento me quedé solo en el vagón, en medio del campo.

A mi regreso, la casa se veía muy vacía desde afuera.

Las plantas parecían más tupidas.

Noté cómo las parras habían crecido sobre las paredes. Casi tocaban los cristales de las ventanas de la planta baja.

El ruido de la llave en la puerta sonó como un estruendo. Nadie gritó *hola*.

En el baño, me hurgué un poco en la piel de la mano. Estaba seca, rara.

La piel iba enroscándose hacia arriba, desde la muñeca hasta la palma, hasta los dedos, y luego volvía a bajar por el dorso.

Seguí tirando hasta que se salió de cada uno de los dedos y de las venas del dorso de la mano. Una sola pieza de piel. No me dolió. Me la quedé mirando. Parecía un guante hecho de mí mismo.

Tiré el pedazo de piel a la bañera. Abrí el agua, apunté la piel con el teléfono de la ducha y la miré desintegrarse e irse por el desagüe.

Mi hermano y su mujer habían vuelto a su enorme y cada vez más onerosa casa en Londres. Así que estaba solo.

Era media tarde. Me emborraché. Después me fui a la cama y dormí, pero no soñé.

Era casi la tarde, otra vez. No tenía claro cuánto había dormido.

Les escribí un mensaje a mi hermano y a su mujer para confirmarles que iba a vivir en la casa, sobre todo para vaciarla y dejarla lista para vender.

Aunque no quisiera hacerlo, era algo que debía decir para que ellos estuvieran de acuerdo con que viviera ahí.

Después de escribirles el mensaje, miré Twitter. Mi novia había publicado un cuento nuevo. En la revista *Guernica*. Todavía me tenía bloqueado. Pero el cuento estaba en el *timeline* de todos los demás. Así que me enteré igual. Decían que el cuento era excelente, oscuro, gracioso, lúcido.

Encendí mi ordenador para leerlo desde ahí. Bajé hasta el fondo de la página.

No la reconocí en su nuevo retrato profesional. Además, tenía el pelo más corto de lo que recordaba. El pie de la foto decía: “Kei Kagirinaku es escritora. Vive en Londres”.

En la planta baja escuché una voz que salía del televisor que decía: *El polo magnético norte de la Tierra tiende cada vez más hacia Siberia y se aleja de Canadá*. No recordaba haberlo encendido.

Tuve la sensación de que alguien me estaba observando otra vez. Así que me levanté y cerré la puerta del dormitorio. Pero no sirvió para sacarme de encima esa sensación. Así que volví a sentarme y empecé a leer. El cuento se llamaba “Tributo seminal”.

Tributo seminal

Vladislav Surkov, un oligarca ruso, estaba en medio de un orgasmo cuando sonó la alarma en la National Gallery.

La alarma se activó y los destellos de luz roja llenaron la sala donde estaba y luego las salas adyacentes y después la alarma empezó a hacer el típico ruido de alarma.

Vladislav estaba solo. Aunque no del todo. Frente a él había una mujer en un retrato, pintada con tonos azul oscuro. Estaba llena de su esperma y miraba hacia arriba y a la izquierda. A su alrededor había otros rostros, también pintados.

Y luego apareció otro rostro, el de la guardia de seguridad, con los ojos muy abiertos y un semblante que pasó en un instante del rojo al blanco lívido. Se la notaba asustada. Luego recompuso su expresión y, mientras caminaba directo hacia él, llevó su mano hacia la radio que tenía enganchada en la cintura.

*

Vladislav Surkov no era un oligarca más. Era un oligarca en serio. Era el segundo más célebre y el octavo más rico de todos los oligarcas. Había nacido en San Petersburgo, y vivía en el último piso de un edificio de diecisiete pisos en Moscú. Pero también vivía en Londres, donde había comprado un club de la Premier League. Solían fotografiarlo en su enorme yate.

Tenía cuatro hermosas novias de larga data, que nunca se cruzaban y que le habían brindado, cada una de ellas, una hermosa descendencia, rubia y de ojos azules. A los cuatro hijos de Vladislav también les sacaban fotos. Todos juntos en algún evento deportivo, sonriendo. O posando en vestíbulos perfectos, con su padre de pie detrás de ellos. O saliendo de algún hotel, cogidos de la mano, yendo en dirección al interior de un

coche sutilmente blindado.

Como todos los oligarcas, Vladislav había amasado su fortuna gracias al petróleo. Pero ya había diversificado su capital. Ahora invertía en la industria farmacéutica, en bienes raíces e infraestructura. Todo esto se daba con la mayor discreción. No había nada escrito. Pero los incentivos necesarios a las altas esferas —Putin— habían sido debidamente suministrados. Se sentía a salvo de los rusos y de los estadounidenses, y también de los ingleses. Aunque quién podía temer a los ingleses.

Como todos los demás oligarcas, Vladislav coleccionaba arte y otras reliquias.

Y, como todos los oligarcas, Vladislav tenía una terrible obsesión secreta. Terrible.

*

La obsesión secreta empezó cuando Vladislav era apenas un joven oligarca.

A sus treinta.

Vladislav no recordaba a la chica. De hecho, Vladislav ni siquiera recordaba la fiesta.

Pero lo que sí recordaba Vladislav era la habitación. El suelo de cemento semicubierto de polvo, y los muebles completamente envueltos en plástico transparente.

Las pinturas apoyadas sobre el suelo, sin colgar.

Vladislav recordaba las pinturas.

Vladislav recordaba las pinturas y cómo se llevó a la chica de la fiesta a escondidas. Medio a escondidas. A escondidas solo porque sonaba divertido. No porque alguien fuera a impedirselo.

Se escabulló con la chica por las escaleras de servicio. Luego la llevó arriba y empezó a desvestirla.

—Aquí no —dijo ella, en inglés.

Entonces la llevó a uno de los cuartos sin terminar, lleno de polvo, donde aún se oía el ruido de la fiesta de abajo, y los muebles estaban envueltos en plástico y todas las pinturas en el suelo, apenas apoyadas contra la pared.

La empujó contra la pared. Ella hizo fuerza, pero solo con su pelvis. ¿Él notaba que sus labios estaban reseco?

Entonces ella sintió que ya habían llegado lo suficientemente lejos y se arrodilló.

Y cuando él acabó, acabó mucho y muy rápido. Ella trató de recibirlo todo en la boca, pero no lo consiguió.

Vladislav tenía los ojos cerrados.

Había contado para sí los suaves latigazos que le iban recorriendo el cuerpo.

Siete, ocho, nueve.

Se acomodó la ropa. Abrió los ojos.

La chica seguía ahí, arrodillada frente a él. Pero apenas había acertado, todo se había derramado más allá. Había un poco en su boca y en su mentón, y en su clavícula.

Pero la mayoría había ido a parar detrás de ella, un poco a la derecha. No había caído ni en el suelo polvoriento ni en ninguno de los plásticos que cubrían los muebles.

Había aterrizado justo sobre una pintura. Un retrato. Una bonita jovencita de cara regordeta, vestida de azul, que miraba hacia arriba y a la izquierda, contemplando la luz amarilla. Y Vladislav acababa de dejar toda su simiente encima de ella.

En ese instante Vladislav supo que esa era la cosa más preciosa que había visto nunca.

La miró, y la miró, y la miró.

La cosa más preciosa que había visto en su vida.

La miró, y la miró, y la miró.

Era tan preciosa.

La miró, y la miró, y la miró.

Y sintió que algo se rompía en su interior.

Y cuando la chica volvió con una toallita desinfectante que tenía escondida y limpió la eyaculación que empezaba a secarse sobre la cara de la mujer retratada, el corazón de Vladislav se rompió irremediablemente.

*

Todos los oligarcas coleccionan arte, pero Vladislav se lo tomaba en serio. Se obsesionó. Estudiaba los catálogos de Christie's y Sotheby's con un fervor religioso y sexual, y compraba todo lo que le generaba deseo.

A Vladislav le encantaban las subastas, pero dada la naturaleza de su estilo de vida rara vez podía asistir en persona. En consecuencia, enviaba a algún emisario con instrucciones precisas de superar a cualquier otro postor. Y Vladislav nunca perdía.

Su colección empezó a generar habladurías. Compró un Caravaggio y dos Botticellis, un jovencito pintado por Pieter Paul Rubens. Una Magdalena penitente, de Gerrit Dou. Obras de Vermeer y Antiveduto Grammatica, Paolo Veronese. Todos retratos.

Los rumores se intensificaron. No solo había empezado a adquirir arte en cuantiosas cantidades, también tenía la costumbre de indicarles a los despachantes que enviaran los cuadros a sus casas en Londres, Moscú e incluso —contra toda recomendación— a su yate, donde fuera que estuviera anclado, en vez de enviarlas a un depósito especializado con ambiente controlado (como haría cualquier otro inversor sensato). Esto lo obligaba a pagar primas altísimas en concepto de seguros e impuestos. Todos creían que Vladislav Surkov quería presumir

su colección. Se volvió una moda describir a Vladislav Surkov como un tipo grosero, ignorante y compulsivo.

A Vladislav no le importaba.

*

En privado, eyaculaba sobre cada una de las pinturas. Amaba toda la ceremonia en torno al acto: la ducha previa, las muchas toallas blancas, la preparación de las toallitas desinfectantes, la iluminación y el lubricante. La primera vez con cada mujer retratada era siempre la más perfecta. O casi, aunque nunca perfecta del todo.

Vladislav compró un caballete de madera muy antiguo y muy muy bonito. Colocaba encima el retrato y se quedaba de pie enfrente, desnudo, detrás de una puerta cerrada con llave. Vladislav les indicaba a sus empleados que de ninguna manera debían molestarlo.

Al acabar, limpiaba el semen con delicadeza.

La gente empezó a preguntarse por qué nunca vendía ninguna de las pinturas que compraba.

Solo Vladislav lo sabía.

Cuando terminaba con una pintura y la llegada de un nuevo retrato era inminente, colgaba el cuadro anterior en alguna habitación en desuso de alguna de sus residencias en desuso.

Ni siquiera volvía a mirarla nunca más.

Vladislav odiaba mirarlas una vez consumado el acto.

*

Pasaron décadas. Vladislav terminó aburriéndose de las pinturas que podía comprar. Necesitaba más. Empezó a visitar galerías obsesivamente, hacía donaciones generosas y aprendía

todo lo que se podía sobre esas colecciones.

Su reputación en el mundo del arte dio un vuelco. Aunque todavía se lo percibía como falto de gusto y grosero, Vladislav había donado tanto dinero a las galerías y otras instituciones del mundo del arte que empezaron a describirlo como un filántropo y luego como un verdadero coleccionista.

Se olvidaron de que Vladislav era un oligarca. La Whitechapel Gallery construyó una nueva ala en un edificio aledaño, obra que él financió en su totalidad. La fiesta de verano de la Serpentine Gallery empezó a llevar su nombre en el subtítulo, sobre todo después de que la familia Sackler se volviera innombrable. Se brindaban recepciones en su honor. Cuando había debates sobre la influencia del dinero mal habido en el mundo de la cultura, tenían la deferencia de no nombrarlo.

*

Así fue como Vladislav Surkov llegó a estar solo en la National Gallery en Londres después de la hora de cierre.

Que te dejen quedar en la National Gallery después de la hora de cierre es un privilegio que solo se pueden permitir los amigos de las autoridades del museo o donantes muy generosos. Vladislav era ambas cosas. Dejó al guía que le habían asignado en el ala norte con algunas obras menores de arte holandés del siglo diecisiete y caminó solo, mientras los tacones de sus zapatos retumbaban en medio del silencio de los suelos de la galería.

Y ahí fue cuando la vio.

En la sala Mond. *Virgen rezando*, de Sassoferrato.

Era perfecta.

Azul y rosado y blanco como en un vitral, el envoltorio de una golosina, llena de su propia luz en una sala en penumbras.

Vladislav sintió que su erección se expandía debajo de sus carísimos vaqueros azules y suaves. Se frotó por encima de la tela. Empujó su pelvis contra su mano.

Dio un paso hacia la pintura.

Luego otro.

Era tan perfecta.

¿Cómo era posible que no la hubiera visto antes?

*

Vladislav solo podía oír los latidos de su corazón. Lo sintió cabalgando en su pecho, palpitando en sus sienes. Se acercó hasta donde se lo permitía la soga ubicada a la altura de los tobillos. Los dedos de sus pies cruzaron ese límite imaginario.

Se bajó el cierre del pantalón y sacó su pene al aire cuidadosamente acondicionado. Lo aferró con la mano derecha y empezó a masturbarse. Primero despacio, luego rápido.

Buscó con la mirada alguna cámara de seguridad, y las encontró, enfocándolo, y por un momento el hechizo se rompió.

Pero luego volvió a mirar el retrato y la sangre lo asaltó otra vez.

Y siguió.

El orgasmo llegó rápido. Fue incontrolable y descomunal. El chorro de esperma de Vladislav cayó sobre sus manos, sobre el suelo frente a él y sobre el retrato. Su cuerpo se sacudió. Dio un paso atrás. Su eyaculación cubría el lienzo. El marco, el fondo y el rostro en medio del cuadro.

Por un momento, todo fue perfecto.

Perfecto y precioso.

Para evitar caerse de espaldas, Vladislav tuvo que dar un paso al frente, por sobre la soga de seguridad, y la alarma se activó y unos destellos rojos llenaron la sala donde estaba y luego

las salas contiguas y luego todas las salas.

Vladislav miró a su alrededor aterrado. Estaba solo. Aunque no del todo. Ahí estaba el rostro en el retrato frente a él, lleno de semen, apuntando hacia arriba, y al mirar alrededor vio otros rostros, también pintados, y luego el rostro de la guardia de seguridad, con los ojos muy abiertos y ese semblante que pasó en un instante del rojo al blanco lívido, aunque luego recompuso su expresión y, mientras caminaba directo hacia él, llevó su mano hacia la radio que tenía enganchada en la cintura.

*

Si cualquier otra persona hubiera eyaculado sobre una valiosísima obra de arte, la habrían arrestado. Pero Vladislav no era una persona cualquiera. El incidente, de hecho, nunca fue mencionado, y Vladislav murió pocos años después en un accidente náutico.

Algunos sospecharon un atentado, pero los que lo conocían sabían que había sido un mero accidente.

Cosas que pasan.

Una vez que se cansan de la vida, las personas pueden morir de las formas más extrañas.

La colección de arte se repartió entre las distintas madres de sus hijos.

Muchas galerías alrededor del mundo aún llevan su nombre. Pero incluso hoy, cuando algún despachante de obras de arte debe mover una pintura en la sala Mond y hace brillar sus luces ultravioleta sobre las paredes blancas para encontrar las indicaciones cifradas que otros despachantes de arte dejaron con tinta ultravioleta, notan una extraña mancha sobre *Virgen rezando*, invisible para el ojo humano pero omnipresente ahora y durante miles de años más.

En toda su indeleble fealdad.
La mancha de algo que fue brevemente perfecto.

Volví a mirar la foto de mi novia. Sentía algo raro en el cuerpo, se me movían las tripas.

Yo nunca había escrito algo tan largo. Eso era un cuento de verdad.

Nunca me había dicho que estaba trabajando en algo así.

Cuando indagaba en mi interior no encontraba ni un solo cuento terminado. Apenas desazón, y retorcionas en el cuerpo. Lo único que podía percibir en medio de mi ser era un objeto geométrico de color azul oscuro, de forma cambiante, absolutamente hueco. Eso era lo que había en lo más hondo.

Pensé en eso durante un rato. Esa parte de mí donde no había nada.

En ese momento no sentí que me estuvieran observando.

Me di cuenta de que no lo sentía porque lo único que sentía era soledad.

Encendí un cigarrillo. Cerré el ordenador.

Luego lo volví a abrir y cerré la pestaña donde estaba su rostro para no tener que verlo la próxima vez que lo abriera.

Luego volví a cerrarlo.